una nueva generación, arrojada por un impulso generoso del alma hacia la causa sagrada del socialismo. Le miró un momento con ojos brillantes, después cogió entre sus dos manos aquella cabeza rubia, y estampó sobre aquella frente sin nubes, un beso... que le fué devuelto con efusión.

Acercándose el muchacho á su padre, le señaló con un ademán de extrañeza que su frente estaba húmeda.

—Déjala sin secar—dijo el padre:—esa es agua de Bautismo.

SOCIALISMO Y PATRIA

Es verdad que el socialismo combate el amor á la patria?

—Á la *patriotería,* sí; mas si por amor á la patria se entiende amar al pueblo en que hemos nacido, con el cual tenemos de común la lengua, la historia, el porvenir; amar á la tierra donde hemos pasado la niñez, donde nacieron nuestros hijos y están sepultados nuestros muertos, acusar al socialismo de combatir tales ideas es cosa estólida y absurda, como sería acusarlo de combatir el amor filial ó el amor materno; lo cual no es posible para quien tenga entrañas humanas. ¿Puede Ud. creer que si eso fuera verdad se hubiese convertido al socialismo tanto hombre generoso, tantos ciudadanos que por la patria han sufrido y combatido, y que sienten profundamente todos los afectos humanos? ¿Puede Ud. pensar que un

socialista, por el mero hecho de serlo, abandone la patria sin sentir un vuelco en el corazón, y no recordarla de lejos con tristeza y desear volverla á ver, después de muchos años, con profunda alegría? ¿Con qué fundamento se puede acusar á los socialistas, en los cuales se suele advertir el predominio del sentimiento sobre la razón, de tener cerrado el ánimo á los más fuertes y más naturales sentimientos de la humanidad?

—Y, sin embargo, es una creencia universal.

—Querrá Ud. decir una calumnia universal, lo cual es muy otra cosa. Amor á la propia patria significa amor al propio pueblo. Cuando se dice el pueblo de un país, se entiende más bien aquella gran muchedumbre que cultiva su tierra; que produce sus industrias; que forma el nervio del Ejército; que da el mayor tributo á su Erario, cuya prosperidad, moralidad y fuerza es una sola cosa, una misma cosa con la moralidad, la prosperidad y la fuerza de las naciones; porque sin ellas no hay ni nación ni vida. Ahora bien, desear que esta gran multitud se eleve á una condición de vida material y moralmente mejor; preparar

una organización social (aunque sea una utopia) en la que se dé un trabajo más humano, una compensación más equitativa, y se haga posible una existencia más intelectual y más digna, quitando del ánimo el terror continuo á la miseria y el sentimiento amargo de una inferioridad civil no justificada ni siquiera en la conciencia de quien las quisiera mantener; de manera que no sea ya la fuerza, sino la armonía de los espíritus y de los intereses quien mantenga unida la unidad del Estado; llevar en el corazón esta esperanza, de un mejor porvenir de ese pueblo, como la más santa de las aspiraciones personales, y con el fin de traducirlas en realidad; estudiar, luchar, renunciar á la paz, arriesgar la libertad, padecer, sufrir daños y persecuciones, diga usted, ¿no es amor á la patria? Y si esto no es amor patriótico, ¿con qué otro término, hágame Ud. el favor, podrá definírmelo?

—Y no obstante, la palabra «patria» ustedes no la usan jamás, ó muy rara vez, en la manifestación de sus ideas.

—Porque de esta palabra se ha falseado el sentido, y usándola no podemos ya entendernos con la mayor parte de aquellos que tienen siempre en la boca el vocablo

patria. Y sucede con esto lo mismo que con otros grandes nombres, que ya no contienen en la palabra la idea de la cosa. La palabra patria significa ahora para los más, algo abstracto y mal definible. Para algunos pueblos, es una institución política, ó una pura tradición histórica, ó un determinado orden económico, que hay que conservar y defender á cualquier precio. Para quien gritaba en el Parlamento que se debía esconder la gangrena bancaria por caridad patriótica, la patria era la Banca. En la mente de aquel emperador que dice que para conservar dos provincias conquistadas se debería matar desde el primero al último de los súbditos del Imperio que allí viven, parece que la patria no sea otra cosa que un determinado espacio de terreno señalado sobre el mapa geográfico con una línea de determinado color. Y para un gran número de patriotas de buena fe, el amor á la patria es la aspiración á una idea de grandeza, al cual parece debido y justo sacrificar todo y hasta el culto ideal unitario unido á él, ó sea, una conmemoración eterna del pasado, en la que se olvida el presente y no se piensa en el porvenir, y una fiebre permanente de la imaginación, que ve ó

busca cada día y por todas partes un peligro nacional, y querría que la vida de la nación se redujese á un tremolar continuo de la bandera. Gritando ¡patria!, se pretende que todos los lamentos cesen, que todas las injusticias se toleren, que todos los males se disimulen, que todas las grandes cuestiones permanezcan sin solución: como si la patria y sus hijos fuesen dos cosas separables y diversas; como si el bien de la existencia no fuese el fin último de todo; como si fuese razonable esperar un porvenir mejor sin mejorar el presente, y como si fuese posible hacer una patria próspera, feliz y gloriosa con millones de hombres pobres, enfermos y envilecidos. Por esta razón no nombramos la patria abusando de la palabra, y esto, porque su nombre está adulterado por muchos astutos que cacarean los servicios que prestaron á ella ó dicen que le prestaron; profanado y adulterado por muchos impostores que hacen de ese nombre una careta; por muchos mercachifles que hacen de este nombre un negocio. La palabra que éstos deshonraron, nosotros no podemos usarla para expresar la idea augusta y santa que tiene su verdadero significado.

—Sea en buen hora, pero en la idea de

fraternidad y de federación de los pueblos, ¿no se pierde naturalmente con todo eso el amor á la patria?

—¿Por qué? Al padre que dice á sus hijos: amad á vuestros conciudadanos como hermanos, ¿se le podría decir: mira que en el amor á la patria va perdido el amor á la familia? Si cuando Italia estaba herida por las guerras civiles y cada ciudad estimaba fortuna propia la ruina de las ciudades vecinas, y se gloriaban de las banderas que les habían arrancado y de los hijos que les habían matado, si un italiano de Pisa, de Venecia, de Florencia, de Génova, hubiese dicho entonces á sus conciudadanos:—Esos odios son insensatos, esas guerras deben tener fin, y lo tendrán; la prosperidad de todos los italianos estará en el acuerdo entre todas sus ciudades, porque nos liga un orden de intereses más altos que aquellos que nos hacen ahora combatir, ¿se habría podido decir de aquel italiano que no amaba á su patria? Y la Idea internacional que anuncia el socialismo á los pueblos, ¿no es hija legítima de aquella que habría anunciado aquel italiano á sus compatriotas? ¿No es irracional juzgar desamor á la patria el deseo y la esperanza de que el bien

de ella se derive de una estable fraternidad de todas las naciones civilizadas, y no ya de la victoria violenta y pasajera de los intereses de los unos sobre los intereses de los otros? ¿En qué cosa perjudica este ideal á que cada pueblo conserve su unidad y su carácter, el amor á su tierra y á su historia, concurriendo á la gran obra del progreso general con la suma de aquellas facultades distintivas que le dan un ser propio y una gloria característica? ¿Y por qué pensar que aquella fuerza unificadora y benéfica, que pasa las fronteras de los pequeños Municipios, de las grandes ciudades y de los fuertes Estados, se detendrá eternamente en los confines de las naciones, ya ligadas por vínculos innumerables de derechos, de intereses y de pensamientos que crecen y se refuerzan constantemente? ¿Es posible afirmar que esto no llegará? ¿No es lógico esperarlo, no es justo desearlo, no es un deber quererlo? ¿Se puede decir que el que quiere esto no ama á la patria?

—Hasta todo eso puedo admitirlo; pero lo que llamamos nosotros ambición patriótica y orgullo nacional, vosotros no lo sentís.

—Es como si Ud. dijese á un padre:—

Reconozco que amáis á vuestros hijos; pero que deseéis que ellos sean respetados y honrados, eso no lo creo.

—Poco á poco...

—Vea la diferencia de las opiniones: creemos que aquellos sentimientos son verdaderamente fuertes y sanos sólo en nosotros. Nuestra ambición patriótica tiene otra meta, y nuestra altivez nacional no puede originarse de la misma fuente. Nos imaginamos que alguna vez, al encontrarnos en país extranjero, oiremos las siguientes palabras:—He ahí un italiano, saludémosle con respeto. Los italianos dan á las naciones un espléndido ejemplo. La gran lucha social se lleva á cabo en su país bajo la protección de una amplia libertad, no violada jamás por el Poder en beneficio de una parte, porque fué conquistada con la sangre de todos y es el fundamento sagrado del pacto nacional. La burguesía se defiende allí también por necesidad y por instinto; pero lealmente y con sabias concesiones, no con violencia, combatiendo las ideas, sin sofocar la palabra ni echar mano para combatir de las armas odiosas de la tiranía, que ella misma ha hecho derribar por tierra y rodar por el polvo. En poco

más de treinta años, su país ha levantado el edificio de una legislación social admirable. Todas las insensatas ambiciones han muerto en él. Todo el antiguo entusiasmo patriótico se ha cambiado allí en todas las clases en fuerzas fecundas de estudio y de sacrificio, dirigidas al supremo fin de extirpar la miseria, de difundir la cultura, de asegurar la concordia, de establecer la justicia. Ese es el único país de Europa en el cual, por generosidad y por sabiduría de todos, las grandes transformaciones sociales que son necesarias y que nada puede detener, se llevarán á cabo mediante procedimientos pacíficos que llenarán de admiración al mundo. Y bien: la sola idea imaginada de semejante juicio acerca de Italia, formado fuera de Italia, nos hace latir el corazón, y alzar la frente, y pronunciar el nombre de *patria* con un sentimiento de orgullo, de alegría y de altivez, que no puede ser más puro, más dulce y más profundo en el ánimo de ningún patriota. Pero vanagloriarnos de lo que nos parece vanidad y estulticia, enorgullecernos de lo que reputamos vergüenza y perdición, eso, ¡jamás!

—En resumen: que amáis la patria á vuestra manera.

—Ciertamente que en eso no hay culpa. La culpa está en no amarla de la mejor de las maneras. Esa es la cuestión. También hay diferentes modos de amar la propia familia. Creyóse en un tiempo que el que mejor amaba á la familia era el poderoso que sacrificaba todos sus hijos al primogénito ó mayorazgo, destinado él sólo á mantener el nombre y el esplendor de la casa, á costa de sus hermanos. Y este amor pareció sabio y prudente hasta en la sociedad que ahora lo juzga inicuo y cree que la primera ley del amor paterno es la equidad. Así, hay un amor de patria que quiere la gloria, aun al precio de la miseria, y se contenta con el orden á costa de la opresión, y sopla en la hoguera de los odios entre pueblo y pueblo, y se alimenta con el orgullo vacío y con las ideas muertas: y esta es una nación bárbara que condena nuestra razón y que nuestro corazón rechaza; y hay un amor patrio formado de caridad y de piedad que prefiere la prosperidad al fausto, la moralidad antes que la gloria, la paz en los corazones, la luz y el calor de la civilización, difundida igualmente; la patria, no explotada por algunos, sino bendecida por todos, y borrado de su limpio rostro, antes que todo y á cualquier precio, la marca vergonzosa de la ignorancia y del hambre.

—¿Y cuál es el símbolo de la patria para vosotros los socialistas?

—Es una madre, como fueron siempre aquellas que amaron sinceramente. Pero desde que profesamos estas ideas, su imagen se nos aparece más bella y más luminosa, porque brilla en su frente un porvenir más grande del que han soñado nuestros padres; y es más ardiente todavía que la del pasado la ofrenda que le hacemos: como en los días de las batallas, se ofrece la sangre y el alma entera.

—Eso no se cree.

—¡Sí se cree, pero se niega, porque conviene!

GARIBALDI

ADMIRAMOS y amamos á José Garibaldi, tanto por sus hechos espléndidos de capitán, cuanto por la sencillez nobilísima de su vida y por la intuición luminosa que tuvo del porvenir, y por la gran bondad de su ánimo justo y equitativo: para todo lo cual necesitaba una fe inquebrantable en el mejoramiento de la sociedad humana.

Fué grande por el sentimiento altísimo de la fraternidad de los pueblos, en virtud de la cual, censurando á los Gobiernos opresores, no odió á las gentes con quienes tuvo que combatir—no podía hacerlo dado su espíritu,—y no amó la guerra, sino los santos fines por los cuales luchaba; con lo cual no perdió, sino antes bien afinó la ingénita pureza de su corazón apasionado por lo justo, mejor que por la gloria.

Fué grande por no haber jamás olvidado

ni siquiera en los esplendores de la victoria, las miserias y los dolores que aquélla dejaba tras de sí en las muchedumbres que bendecían su nombre; porque las raíces de aquellos males no se podían arrancar con las armas; con lo cual, no satisfecho de su propia obra por completo, fué modesto y reflexivo en la fortuna, y después de los triunfos, buscó la soledad contristado por la persistencia de las demasiadas iniquidades y las demasiadas vergüenzas del mundo.

Fué grande, por haber seguido atrevidamente por toda su vida con la razón y con el sentimiento el proceso del espíritu de su tiempo; por haber comprendido y vaticinado que después de las luchas épicas en que combatía, quedaban otras luchas en que combatir, y á otras la sociedad se preparaba, tan justas y más grandes, de las cuales palpitaba su visión en cada uno de sus pensamientos, presentándolos á su inteligencia; y por haber demostrado de mil maneras que si por necesidad histórica, él no era más que un soldado de la libertad y de la independencia de las naciones, flameaban en él la compasión hacia el débil, el odio hacia la injusticia, el desprecio del presente y la esperanza inmensa de quien

mira á un ideal más alto: del cual habría sido uno de los campeones más gloriosos si su grande alma hubiese surgido en Italia cuando estuviera cumplida la obra de la espada, y limpia la vía para la nueva Idea del porvenir!